

LA SINFONÍA HEROICA.

=====

Programa (1851)

Este poema musical, de una importancia capital - tercera sinfonía del maestro y obra por la cual se empeñó en su camino original - es, bien considerada, menos fácil de comprender que no lo deja suponer su nombre. En efecto, el título "Sinfonía Heroica" nos hace presumir a primera vista, una serie de cuadros heroicos, representados en imágenes sonoras, de un cierto sentido histórico-dramático. Quién se esfuerce a penetrar esta obra con una tal ilusión se encontrará primero desorientado y finalmente engañado, sin alcanzar, en realidad, la plenitud del goce. Si yo me permito, por tanto, comunicar aquí, tan suscitadamente como me sea posible, la interpretación del contenido poético de esta creación musical a la cual yo he llegado, es con la sincera convicción de que podré facilitar a buen número de auditores de la presente ejecución de la Sinfonía Heroica, una comprensión de la obra la cual ellos no podrían alcanzar más que asistiendo a una serie de ejecuciones particularmente vivientes.

Y ante todo, el término "heroica" debe tomarse en su sentido más amplio y no referirlo a un héroe militar. Si entendemos de manera general por "héroe", el Hombre entero, el Hombre completo, que posee propiamente, en su plenitud absoluta y su intensidad, todos los sentimientos puramente humanos del amor, del dolor y de la fuerza, entonces penetraremos el verdadero tema que el artista realiza en esta obra sorprendente y de acento tan expresivo.

El cuadro artístico de esta sinfonía está constituido por las impresiones múltiples y potentemente entrelazadas de una individualidad fuerte y completa, a la cual no solamente nada de lo que es humano le es extraño, sino que encierra en sí y refleja la esencia de lo que es verdaderamente humano : de tal modo que habiendo expresado con toda sinceridad todas las nobles pasiones, llega espontáneamente a una conclusión que une la ternura más emocionante a la fuerza más intensa. Es la marcha hacia esta conclusión lo que constituye la tendencia heroica de esta obra de arte.

El primer motivo concentra en un foco radiante todas las impresiones de una rica naturaleza humana dentro el ímpetu de una juvenil actividad, de una pasión incontenible : placer y dolor, goce y sufrimiento, ternura y melancolía, recogimiento y deseo ardiente, languidez y exaltación, osadía, bravata e independencia indomable alternan y se penetran. Y ello tan estrechamente, tan directamente que, mientras nos hace compartir esas impresiones, ninguna de ellas puede separarse claramente de las otras y nuestra simpatía va incesantemente hacia Aquel que se nos presenta como el ser susceptible de experimentarlo todo.

Todas esas impresiones, en resumen, provienen de una facultad esencial que es la fuerza. Es esta fuerza continuamente exaltada por este choque de sensaciones y siempre a punto de ceder

a su exuberancia, es esta fuerza la que confiere a toda la obra musical su impulso dominante. Ella se concentra, hacia la mitad del movimiento, hasta transformarse en una potencia de destrucción, y en su ímpetu irresistible, creemos ver delante nosotros como un devastador del universo, un titán que se mide con los dioses.

Esta fuerza destructora, que nos llena de pronto de arrobamiento y de esperanza, podría conducirnos a una catástrofe trágica, y es precisamente lo que va a revelarnos de manera significativa el segundo motivo de la sinfonía. El músico reviste su inspiración del adorno musical de una marcha fúnebre. Un sentimiento dominado por una emoción profunda se nos comunica en un lenguaje musical sorprendente mientras nos penetra una tristeza solemne. Una grave y varonil melancolía se extiende, de la súplica al enternecimiento, al recuere, a las lágrimas de amor, al recogimiento, al grito entusiasta. Del dolor germina una nueva fuerza que nos llena de un ardor sublime; para alimentar esta fuerza, instintivamente recurrimos de nuevo al dolor; nos abandonamos a él sin resistencia, suspirando; pero luego reunimos de nuevo todas nuestras energías. No queremos sucumbir, sabremos reaccionar. No nos privamos el dolor, sino que queremos soportarle nosotros mismos, sobre las fuertes oleadas de un corazón viril y resuelto. Quién sería capaz de pintar con palabras las sensaciones infinitamente múltiples y por ello inexpressables que se agitan aquí y que van del dolor a lo sublime, y de lo sublime a la más tierna melancolía, al abandono final en este recuerdo infinito?. El músico solamente ha podido lograrlo en esta obra admirable.

La fuerza - dominada por el dolor profundo y despojada así del orgullo pernicioso -, he aquí lo que nos muestra el tercer movimiento, graciosamente atrayente. La impetuosidad indómita se ha transformado en una vivacidad serena y llena de frescor. Nos encontramos ahora en presencia del hombre amable, alegre, que vagabundea, radiante y dispuesto, por la campiña, pasea sonriente su mirada sobre las praderas y hace resonar por los bosques de las laderas los alegres cuernos de caza. Y todo lo que él experimenta en ese momento, el Maestro quiere hacernoslo compartir por su robusta imagen musical; nos lo dicen finalmente estos cuernos de caza, que expresarán en sus sonoridades esta emoción tan bella, tan alegre y con todo tan enternecedora. En este tercer movimiento, el músico nos muestra los sentimientos del hombre bajo un aspecto opuesto a aquel que nos había mostrado en el motivo precedente : de un lado el hombre que sufre profundamente y extremadamente, del otro el hombre actuando dentro el goce y la serenidad.

Estos dos aspectos, el maestro va ahora a sintetizarlos en el cuarto y último movimiento, para mostrarnos finalmente el Hombre completo en armonía con sí mismo, bajo la acción de sentimientos, donde el recuerdo del dolor se transforma en ímpetus nobles y exaltadores. Ese tema final que ahora se inicia es la antítesis, neta y significativa, del primer motivo. Mientras antes, los sentimientos humanos, de infinitas manifestaciones, ora se penetraban, ora se oponían en un violento contraste, esa diversidad se funde en un final que reúne armoniosamente todos estos sentimientos y que se nos presenta bajo una forma plástica tranquilizadora.

Esta forma, el maestro la presenta primeramente en un tema extre-

madamente simple, que se afirma ante nosotros con seguridad y precisión, ya que llega a ser susceptible de desarrollos infinitos, yendo de la fineza más tierna al vigor más intenso. Alrededor de este tema, que podemos considerar como la expresión de una individualidad fuerte y varonil, se envuelven y se enlazan, desde el principio del movimiento, todos los sentimientos más tiernos y más dulces; ellos se desarrollan a continuación hasta la manifestación del elemento puramente femenino. Y este último se afirma finalmente - por relación al tema varonil principal que atraviesa con dinamismo todo el fragmento - en una gradación más y más exaltada y compleja como la potencia soberana del amor.

En el final, esta potencia se abre un ancho y libre camino a través los corazones. Todo frenesí desaparece, dentro una calma de una emocionante serenidad; el amor se expresa, dulce y tierno al principio, elevándose después a un sentimiento sublime de éxtasis, penetrando finalmente hasta lo más profundo del corazón del hombre. En este momento, este corazón, una vez más aún, expresa el recuerdo del dolor de vivir : se dilata, hinchado de amor, bien que, en su éxtasis, abraza también el sufrimiento : ya que deleites y dolores, estos sentimientos humanos no son más que una y misma cosa. El corazón se estrema de nuevo; una lágrima brota, símbolo de nobleza y de humanidad. Entre tanto, disipando el éxtasis de la melancolía, estalla osadamente el grito alegre de la fuerza, de la fuerza que se ha unido al amor y en la cual el Hombre completo, el Hombre en su plenitud, lanza con júbilo la confesión de su divinidad.

Pero solo con el lenguaje de los sonidos el Maestro podía representar este "inexpresable", que las palabras no pueden traducir más que con la mayor incertidumbre.

Richard Wagner.

=====